

PATRIA

ORGANO OFICIAL DE LA DELEGACION DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

PERIODICO FUNDADO POR JOSE MARTI

SE PUBLICA LOS MIERCOLES Y LOS SABADOS

Entered as Second Class Matter at the New York, N. Y. Post Office, March 16th 1892.

EDITOR RESPONSABLE
EDUARDO YERO YUDYEN,
A QUIEN SE DIRIGIRÁ
la correspondencia política.

Año VI. | Nueva York, 20 de JULIO de 1898. | Núm. 475

ADMINISTRADOR
LUIS M. GARZON
A QUIEN SE DIRIGIRÁ
la correspondencia administrativa.

"PATRIA"

ORGANO OFICIAL DE LA DELEGACION DEL PARTIDO
REVOLUCIONARIO CUBANO.

SE PUBLICA LOS MIERCOLES Y SABADOS

SUSCRICION EN LOS ESTADOS UNIDOS

Un año, pago adelantado..... \$ 6.00
Un semestre, id. id. 3.00
Un trimestre, id. id. 1.50

EN EL EXTERIOR

Un año, pago adelantado..... \$ 7.00
Un semestre, id. id. 3.75
Un trimestre, id. id. 1.85
Número suelto..... 0.10

Dirección y Administración, 56 New Street.—N. Y.

PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

Cuerpo de Consejo de Nueva York.

HABIENDO acordado el Cuerpo de Consejo, en sesión del día 25 de los corrientes, hacer públicas las Resoluciones votadas por el mismo, que transcribo a continuación, invito a cuantos puedan considerarse comprendidos en las tres últimas, para que se sirvan pasar por esta Secretaría, de doce a cinco de la tarde, para inscribirse en el Registro *ad-hoc* que en ella se ha abierto desde el día de la fecha.

New York, 27 de abril de 1898.

FRANCISCO CHENARD.

ACUERDOS QUE SE CITAN.

Primero.—Que mientras no se abra en Cuba el período constituyente para organizar definitivamente la República, el Partido Revolucionario Cubano no ha renunciado su misión, y su autoridad y representación en esta ciudad residen en el Delegado y en los Clubs adscritos a este Cuerpo de Consejo.

Segundo.—Que se dirija una comunicación al señor Delegado del Partido Revolucionario Cubano, reiterándole la adhesión del Cuerpo de

Consejo y ofreciéndole su concurso para cuanto juzgue necesario ó conveniente a los intereses de la Patria.

Tercero.—Que se abra en la Secretaría del Cuerpo de Consejo un Registro de adhesiones de los que acepten las bases del Partido Revolucionario Cubano.

Cuarto.—Que se inicie, al mismo tiempo, entre los adheridos una suscripción a favor de los fondos del Partido.

Quinto.—Que además se les invite a ingresar en algunos de los clubs constituidos ó que se constituyan.

LA RENDICIÓN DE SANTIAGO

No menos memorable que en la historia de Francia, lo será en la nuestra la fecha del 14 de julio. En este día, eternamente famoso, se ha arriado virtualmente en las fortalezas de Santiago la bandera que plantó Diego Velázquez, y que por cerca de cuatro siglos había ondeado orgullosa sobre esas tranquilas aguas, que han reflejado ahora la derrota definitiva del poder español en América. En ese día se ha cerrado un largo y luctuoso capítulo de la historia de este hemisferio. En él se abre otro, que puede, que debe ser totalmente distinto: si en él se escribe, como lo esperamos y deseamos, la regeneración política del pueblo cubano y la prosperidad real de su patria.

Para nosotros la rendición de Santiago era consecuencia prevista y necesaria de la destrucción de la flota española. Podía retardarse horas, días, semanas; no podía evitarse. El quebranto de las fuerzas que la guarnecían era visible, y se marcaba de momento en momento. La resistencia en realidad no había durado más de un día. Desde que fueron desalojadas de su primera línea de defensa, estaban virtualmente vencidas. Desde que su comandante empezó a parlamentar con el jefe enemigo, estaban rendidas.

Pero la importancia del hecho, con ser tanta desde el punto de vista militar, no estriba en que haya capitulado una plaza fuerte, ni en que se haya entregado casi a

discreción un cuerpo entero de ejército, ni en que el invasor haya asegurado su dominio sobre tres ricos distritos de la isla, con cuatro magníficos puertos. Estriba en que allí, y de ese solo golpe, ha caído, se ha hundido la soberanía de España en la gran Antilla. Y en que se ve como flaquea, para derruirse, en su hermana menor, la gentil Puerto Rico.

La impresión a este respecto ha sido universal. En los Estados Unidos y en Europa se ha saludado la rendición de Santiago como el paso decisivo hacia la paz. Todas las noticias que llegan de España demuestran que allí se esperaba el suceso, como algo fatal, y que se le daba la misma significación. La luz de esa tremenda realidad ha sido tan intensa, que hasta esos ciegos han visto. El ministro escéptico, que ha estado personificando a la fuerza la obstinación y la terquedad españolas, ha acabado por dejar caer el embozo, con estas palabras características: "Bien ¿qué remedio nos queda?"

Nadie podrá pensar que la actitud teatral de Blanco en la Habana sea serio obstáculo, para un hecho que la necesidad determina con su fuerza incontrastable. A pesar de la superioridad numérica de sus fuerzas, el general en jefe tiene en rigor menores medios de defensa que su subordinado en Santiago. La naturaleza está en la región oriental de nuestra Isla al servicio del hombre, y le construye ella misma formidables fortificaciones y defensas. La Habana no está en condiciones de resistir al asedio formal de un ejército con todos los medios modernos de ataque, que se encuentra a horas de su base de operaciones, y que cuenta con recursos ilimitados. La Habana habría de caer tan pronto como los americanos se propusiesen que cayera.

Las belicas declaraciones del general Blanco son únicamente una parte del plan, a que recurrirá ahora España, y que no difiere sustancialmente del que seguía para prevenir la guerra, y del que ha querido ensayar vagamente para hacerla. Será un estudiado sistema de subterfugios, dilaciones, tentativas, proposiciones, contraposi-

ciones, sin más objeto que ganar tiempo, para embrollar y ver de cansar a su adversario, a fin de sacar de su fatiga el provecho que no pueda obtener de su generosidad. Es decir que tendremos en mayor escala la repetición de las escenas de Toral en Santiago. Después de ceder en lo sustancial, tratar de regatear en los accesorios, para fugir fortaleza, en los momentos de mayor debilidad.

Creemos que España recurre a un mal juego, del que no sacará provecho. Decididamente desconoce al enemigo que tiene delante. El americano suele ser tardío, pero no se detiene cuando da el primer paso, y el ímpetu le viene con los obstáculos. España no sospecha la fuerza formidable con que pretende entretenerse: aunque el ejemplo del bloqueo de la flota de Cervera podría haberle dado la luz necesaria. Hasta ahora, el gobierno de Washington ha ido dando largas, contando con que los estadísticas de Madrid entrarán definitivamente en un período de lucidez, que les permitiera ver el abismo. Pero hay síntomas visibles de que ya va llegando al límite de su paciencia. Quiere la paz y no ha de prestarse a un juego de tira y afloja, del que nada tiene que ganar.

Si España, por un último acto de debilidad, quiere ó sueña con entrar ahora, al poner las bases para la paz, en un pugilato de argucias y sutilezas, para ver si entre tanto su gran aliado, el tiempo, le depara algún milagro, bien pudiera suceder que, de la noche a la mañana, se encontrara con Watson frente a sus costas, repitiéndole las memorables palabras de Napoleón a los austriacos:

"Podemos negociar y pelear al mismo tiempo."

Nobles compatriotas

FAVORECIDA es la colonia cubana con la presencia en este país de distinguidos compatriotas, recién llegados de diferentes partes.

Entre ellos cuentanse, junto con su esposa el señor Luis Estevez, la noble señora Marta Arey, que tantos títulos tiene a la alta estimación de sus

dados que atisaban sin éxito y sin fruto sus más leves movimientos. Esta epopeya no tiene parecido ni aun en la marcha famosa de otro Gómez que saliendo de Navarra volvió al punto de partida, después de dar la vuelta a España, porque la configuración de la Península no es la de Cuba, ni los medios de que el general carlista disponía eran los precarios elementos que a duras penas manejaban el insignificante veterano del Naranjo y de las Guásimas y el inmortar lugarteniente cuyo héroe fin aún estufa nuestras almas. Empresa semejante estaba reservada a los titanes y, por desgracia, el mundo no la aprecia en toda su sublimidad; pero la historia, después de dar un puntapié a Cánovas y Weyler, dirá de esos caudillos lo que dice de Cúbar y de Paz.

El idioma viril que hablaron Wellington y Grant, tiene ya noticias de este esfuerzo colosal por la pluma del ilustre Clarence King. El folleto que hoy se ofrece al público cubano es la voz más elocuente que se ha dejado oír en esta tierra a favor de nuestra causa. Admiración y gratitud merece quien de ese modo pone su noble inteligencia al servicio de un pueblo generoso y oprimido; admiración y gratitud no enteramente innecesarias en cuanto viene a ser como el rescate del amargo sentimiento que prevalece en los cubanos la nueva Santa Alianza celebrada por el gobierno del país que dio cuna a Jorge Washington con el gobierno del país que dio cuna a Túqueres.

NICOLAS HEREDIA.

New York, 31 de enero de 1897.

CUBA
CON LA TEA Y CON LA ESPADA
(1896).
POR
CLARENCE KING.
(Traducido por Carlos M. Treilles)
PRÓLOGO.

NADA más difícil para el extranjero poco observador, ó indiferente, que penetrarse del carácter *ad-generis* que el conflicto cubano reviste en su doble aspecto militar y político. Ni ese extranjero puede concebir la serie de agravios y atropellos que por tercera vez han puesto las armas en la mano del pueblo más sufrido de la tierra, ni mucho menos explicarse la resolución desesperada de apelar al hierro y a la tea, de renunciar a la riqueza tentadora, al hogar antes rico, a la vida siempre dulce para de una vez desarraigar la planta venenosa que la dominación de su metrópoli ha sembrado en la Isla infortunada.

Para comprender la enormidad del sacrificio es indispensable ser cubano ó haber sufrido como han sufrido los cubanos. Entonces si se concibe claramente la resolución de pelear sin municiones ni fusiles, de pasar por el hambre y toda clase de fatigas, de quemar y arrasar la finca propia con la ajena, de subir al cadalso sin miedo ni tristeza, de poblar los presidios y aceptar la emigración sin que el

espíritu se abata por inmensos que parezcan tales infortunios.

Y es muy triste decirlo, no ya Europa, ni la América siquiera se ha penetrado todavía de la grandeza de ese drama. La guerra de Cuba no es de las que se resuelven con batallas al estilo de Yorktown ó de Ayacucho. Sería preciso para ello que hubiera cierta analogía de circunstancias y elementos entre las fuerzas combatientes, y no puede haberla entre una revolución recién nacida y un gobierno secular que dispone de trescientos mil soldados esparcidos de un extremo a otro de la Isla; que la envuelve en una red de cañoneros; que levanta empréstitos cuantiosos; que maneja bancos, cables, correos, ferrocarriles, telégrafos, telefonos, heliógrafos; que tiene factorías, hospitales, cuarteles, plazas fuertes y cuanto material se necesita para combatir a la moderna y que explota—para colmo de fortuna—no ya la neutralidad sino el apoyo de los grandes poderes de ambos mundos, incluso el del Papado.

No es posible luchar en esa guerra como lo harían las potencias que lo hacen en igualdad de condiciones. La campaña de Cuba es una campaña de detalles en que las armas no constituyen el principal factor de la contienda. El más intenso y decisivo es la profunda astucia del rebelde que inutiliza día por día el poder colosal del opresor con la escaramuzas repetidas, la falsa retirada, la sorpresa, el golpe inesperado, la captura del convoy, el tiroteo nocturno y con cuantos medios especiales le sugiere la naturaleza del terreno, la selva con sus misterios, el clima con sus perfidias, la sierra con

sus abismos, el lodazal con sus microbios. Guerra poco lucida ciertamente, pero de seguros resultados si tiene por colaborador asiduo a la paciencia.

Por lo mismo, lo que menos significa en ella—aun significando mucho para la gloria personal del caudillo y del soldado—es el combate que siembra el campo de cadáveres como Peralejo, Maitiempo, Cacarajicara, Saratoga; lo que importa es fatigar, despistar, aburrir, desesperar, confundir al enemigo, ponerlo en la situación del toro perseguido por el tábano para que brame de coraje y responda con coces y embestidas al vacío.

Tal es la campaña del cubano a la cual los extranjeros, ignorantes de su índole especial, piden batallas decisivas que no por ser sangrientas serían útiles. ¿Qué batalla mejor que la que libra un aguacero de los trópicos hundiéndose en sólo un día más hospitalares que Bolívar con veinte Carabobos en un día? ¿Qué batalla más fecunda en consecuencias efectivas que los tres millones semanales en que se suda la Metrópoli sus últimos ochavos y empuña locamente sus últimos harapos?

Si embargo, en medio de ese caos de anónimas refriegas que el español incorregible enturbia más aún con sus leyendas ó absurdas ó grotescas, hay una página sublime cuyo relato está pidiendo a Homero y Xenofonte. Me refiero a la invasión. Seis mil hombres a cinco cartuchos por cabeza recorren mas de trescientas leguas de una vía estrecha y larga, ya eludiendo al enemigo ya rompiéndolo, ora burlándolo, ora acometiéndolo, pero siempre apareciendo a retaguardia de los cien mil sol-

